

es sumamente interesante desde el punto de vista del testimonio narrativo, ya que abarca la insurrección de Carlos Manuel de Céspedes, la Guerra Grande, la Paz de Zanjón, la Guerra Chiquita, el «grito de Baire» y la llegada del general Martínez Campos. El endurecimiento de la guerra, con la aparición de Weyler, la retirada de Martínez Campos y el desenlace de la misma con la intervención norteamericana quedan fuera del marco de esta novela.

El primero de los autores antes citados, Aurelio Pérez Zamora, publica en 1897 y en Santa Cruz de Tenerife, su novela *Sor Milagros o Secretos de Cuba*, extensa incursión en la guerra de los diez años a través de Sor Milagros, amiga de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y de su hermano don Antonio, cubano independentista. Mayor interés tiene *El último patriota*, de José Nogales, aparecida ya en 1901, donde se nos describe la vida de una ciudad que no aparece en los mapas, Oblita, cuyos habitantes representan los eternos valores del tradicionalismo español. El narrador se convierte en cronista, alejado e irónico, de las reacciones de los oblitenses ante las noticias que van llegando de la guerra. La ingenua prepotencia de los habitantes de Oblitas les lleva a inventar un artefacto, el fulminario, capaz de destrozarse a la escuadra yanqui. En la ironía del fulminario, como en la de otros inventos, es posible ver también la burla de cierto regeneracionismo. De la capacidad inventora de un Joaquín Costa, por ejemplo, de quien Ciges Aparicio nos recuerda su «proyecto de pasar el estrecho de Calais con un puente suspendido de globos cautivos»<sup>15</sup>.

La novela de Francisco Ulacia *El caudillo (novela cubana)* es ya posterior, de 1910, y profundamente independentista. De escaso valor literario, tiene el interés de relacionar la independencia de la isla con la del País Vasco, idea que ya podíamos ver en teorías federalistas de Pi y Margall y, de una manera más radical, en algún artículo de Sabino Arana coetáneo al conflicto hispanocubano<sup>16</sup>.

Ciges Aparicio publica en 1899, en *Vida Nueva*, sus «Impresiones de la Cabaña (memorias de 28 meses)», que ampliadas y retocadas darían origen a *Del cautiverio*, libro que, señala José Carlos Mainer, Valle Inclán tuvo por uno de los mejores ejemplos de prosa española del siglo. Ciges combatió, muy a su pesar, en Cuba entre 1896 y 1898, y sus censuras al general Weyler le valieron un largo y penoso internamiento en el presidio

<sup>15</sup> Vide nota 10, pág. 243.

<sup>16</sup> Carlos Serrano: *Final del Imperio. España 1895-1898. Siglo XXI, Madrid, 1984, págs. 206 y 207.*

militar de La Habana. Sus memorias nos recuerdan las atrocidades cometidas por las tropas españolas y las repugnantes miserias de la prisión. Desde el ventanuco de su celda, Ciges observa la llegada de los buques norteamericanos tras la desigual batalla de Santiago. Fondean a diez millas de la bahía habanera y son: «largos féretros silenciosos y sombríos deslizándose sobre la inanimada Estigia, portadores de muerte». En otro momento, éste más risueño, casi tragicómico, de su relato, nos cuenta que en la acera del Louvre, lugar de encuentro de los señoritos habaneros independentistas, que también los había, comentaban algunos:

- «¡Oh, si ustedes viesan el *Brooklin*! ¡Qué corazas tiene! ¿Y el *Iowa*? ¡Pues si oyesen los cañonazos del «New York»!
- ¿Y usted ha oído los del *Pelayo*? Le interrumpió un español.
- Yo no. —Pues suena así. Y le dio tan soberbia bofetada que aún deben zumbarle en los oídos»<sup>17</sup>.

Profundos contrastes, sentidas contradicciones, en un momento enormemente delicado de la historia de España. Al final del *Libro de la crueldad*, Ciges concluía: «Algunos dicen que en 1899 fracasó un régimen (...) No es un régimen, es toda una España que ha fracasado. Hay que empezar».

Y eso es lo que van a intentar hacer modernistas y noventayochistas, de los que tan cerca está Ciges Aparicio. Por lo general las nuevas generaciones abominan de la generación de la Restauración a la que acusan de casi todos los males de la patria<sup>18</sup>.

Baroja se indigna cuando en un artículo de Luis Morote lee que su generación nada había hecho por evitar la guerra de Cuba. En sus *Memorias de un hombre de acción*, tras repudiar las veleidades literarias de Cánovas, que ya habían sido por cierto bien zaheridas por «Clarín», indica que «su pensamiento en la última época de gobernante, en que afirmaba que había que enviar a Cuba el último hombre y la última peseta, me pareció siempre absurdo, porque un país no va a suicidarse por perder una colonia, por rica e importante que sea»<sup>19</sup>. En su

<sup>17</sup> Vide nota 13, pág. 295.

<sup>18</sup> Desarrollo ese asunto en el ensayo «Clarín y los jóvenes del 98 (esbozo de un enfrentamiento generacional a través de la figura de Leopoldo Alas)», en «Clarín» y *La Regenta* en su tiempo, *Actas del simposio internacional centenario de La Regenta*, Oviedo, 1984, págs. 1005-1021.

<sup>19</sup> Hay un artículo antológico de «Clarín» que resume perfectamente, y con gran valentía y sentido del humor, la opinión que le merecía Cánovas, «Un discurso de Cánovas» y que recojo en Leopoldo Alas, «Clarín». *Ensayos y críticas (1881-1901)*, *Páginas de Espuma*, Madrid, 2001, pp. 263-270.

novela *El árbol de la ciencia*, quintaesencia de su luego desmentido noventayochismo, el único criterio ante la guerra de su *alter ego*, Andrés Hurtado, se resumía en la canción entonada por la vieja criada de Dorotea mientras lavaba y cuya letra rezaba así: «Parece mentira que por unos mulatos/ estemos pasando tan malos ratos;/ a Cuba se llevan la flor de España,/ y aquí no se queda más que la morralla».

Andrés, sin embargo, conforme avanzaba la contienda, seguía con «una emoción intensa» los avatares de la misma. El mensaje de Castellar a los yanquis –nos hace ver Baroja– «era bastante para que los españoles de buen sentido pudieran sentir toda la vacuidad de sus grandes hombres». Días antes de la derrota, Andrés encuentra por la calle a su tío Iturrioz, tras el que está el regeneracionista Lucas Mallada quien, asombrado por la ingenuidad del joven, aturdido sin duda por la campaña patrioterica de la prensa nacional, le responde que «dos de sus barcos pueden echar a pique toda nuestra escuadra»<sup>20</sup>. Años más tarde, en *Desde la última vuelta del camino*, Baroja retomaría muchas de las palabras de Iturrioz, en boca ya de Lucas Mallada.

La indiferencia popular tras la derrota se concreta en el refugio de los espectáculos, del teatro ligero y, sobre todo, de los toros. En otro momento de la novela, la salida del público de la plaza lleva a Andrés a encolerizarse ante la postura adoptada por una buena parte del pueblo español durante la guerra de Cuba:

«Ideas absurdas, de destrucción, le pasaban por la cabeza. Los domingos, sobre todo, cuando cruzaba entre la gente a la vuelta de los toros, pensaba en el placer que sería para él poner en cada bocacalle media docena de ametralladoras y no dejar uno de los que volvían de la estúpida y sangrienta fiesta.

Toda aquella sucia morralla de chulos eran los que vociferaban en los cafés antes de la guerra, los que soltaron balandronadas y bravatas para luego quedarse en sus casas tan tranquilos. La moral del espectador de la corrida de toros se había revelado en ellos; la moral del cobarde que exige valor en otro»<sup>21</sup>.

Retomando medio siglo después esta furiosa reflexión del personaje de Baroja, Eugenio Noel volvería en sus *Memorias* a ese singular paralelismo establecido, ahora desde esta nueva óptica, por el novelista vasco: «Nunca coincidieron cosas tan antitéticas como la plaza de

<sup>20</sup> Pío Baroja: *El árbol de la ciencia*. Alianza, Madrid, 1978, pp. 194-197.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, pp. 222 y 223.

toros de Carabanchel y el 1898, de un modo tan absoluto. ¡Aquellas muchedumbres hacia la plaza! ¡Aquella escuadra en busca de la derrota!»<sup>22</sup>. Valiosa y curiosa reflexión, la de Noel, al comparar las muchedumbres que van a la plaza (en el texto de Baroja salen de la plaza), con la «carne de cañón» que se dirige hacia la guerra.

Esta rabia, ese doloroso rechazo de la realidad social de la España profunda de la Restauración, llevaría a Baroja, *Azorín* y Maeztu –el llamado «grupo de los tres»– a acariciar la idea regeneracionista del cirujano de hierro, encarnada entonces en el general Polavieja. La España del siglo XX, por motivos bien diversos, materializaría ese anhelo noventayochista en los generales Primo de Rivera y Francisco Franco.

José Martínez Ruiz, *Azorín*, publica en *El Progreso*, a finales del 97, una nota saluatoria que no tiene desperdicio en memoria del líder independentista Antonio Maceo, un año después de su muerte: «Maceo era un hombre enérgico, alma de la insurrección cubana, campeón de la libertad de un pueblo, espíritu tenaz, soldado bizarro como pocos. Su figura recuerda la de tantos que pelearon por defender de invasiones un pedazo de tierra». Y seguidamente, muy en la línea de Pi y Margall, completando acaso la argumentación por aquél esgrimida al comienzo de este trabajo, dice que la guerra de Cuba es idéntica a la guerra de la independencia española de 1808, «con la diferencia, nótese, de que España con franceses no sería la España desdichada de hoy, y Cuba con españoles continuaría siendo una cueva... de empleados».

Prosigue diciendo que «calificar de criminales y bandidos a un puñado de hombres que combate como puede un ejército fuerte, bien armado, valiente, es sencillamente llamar bandidos y criminales a los hombres de la independencia española y lamentarse después de nuestra falta de lógica y de llamar «cerdos» a los yanquis cuando viven en un *confort* del que aquí no tenemos ni idea y en cambio nosotros, los españoles, pasamos por Europa, con razón, por los más desatiñados, toscos y groseros». *Azorín* concluye su argumentación afirmado uno de los estereotipos eternos del español: «Echar a un pueblo en cara que se decida a tal o cual industria, la tocinería o... lo que sea; echarle en cara que trabaja es dar a entender que el imputador es un vago o que vive en los tiempos en que el rey Carlos III creyó necesario declarar,

<sup>22</sup> Vide nota 9, p. VIII.